

## La subversión de valores y la historia

**Joaquín Barceló**

Decano Facultad de Filosofía

**UNIVERSIDAD ANDRÉS BELLO**

Anticoncepción, legitimación del aborto, divorcio, absoluta libertad sexual, matrimonios de homosexuales, empobrecimiento del lenguaje y creciente procacidad del mismo, erotismo exhibicionista en lugares y espectáculos públicos, hedonismo vulgar y carente de todo refinamiento en la juventud, drogadicción, violencia generalizada, oscuros procedimientos financieros... ¿No es ésta la imagen que proyecta nuestro tiempo? ¿Y qué tiene de extraño, entonces, que ante tal espectáculo muchas personas se pregunten qué ha ocurrido con los valores tradicionales y cómo podrían ser recuperados, devolviéndoles su condición de orientadores del pensamiento y de la conducta?

Hablamos de la actual subversión de los valores. Donde hay subversión, hay subversivos, rebeldes que no aceptan el orden establecido y se oponen activamente a él. Y hay también los defensores del orden. En términos muy generales, y sin considerar las obvias y numerosas excepciones, podríamos decir que los rebeldes son en muchos casos –no en todos– los jóvenes. Ellos se rebelan contra los valores defendidos por sus mayores, porque no los sienten suyos e intuyen que la jerarquía axiológica aceptada por sus padres y maestros no carece de grietas y señales de debilidad. Es, sin duda, una intuición confusa, en la que no se sienten necesariamente preparados para establecer una jerarquía valórica nueva que ellos puedan defender cuando alcancen su plena madurez. De hecho, las fuerzas orientadas hacia la destrucción de un orden dado no siempre cuentan con el potencial creativo indispensable para construir un orden nuevo. Pero es una intuición suficiente, al entender de los jóvenes, para pronunciarse en contra de la jerarquía axiológica predominante. Y al hacer efectiva su protesta, dan cumplimiento sin duda a la ley del péndulo, llevando su conducta a extremos que probablemente ellos mismos reprobarán en el futuro.

Pero las generaciones anteriores, las que se constituyen en defensoras de los valores tradicionales, ¿no hicieron lo mismo en aquellos años en que sus integrantes eran todavía jóvenes? No pensemos únicamente en la situación actual. Miremos con perspectiva histórica en múltiples direcciones. Los primeros cristianos ¿no debieron subvertir también la escala de valores del paganismo antiguo hasta llegar a imponer su nueva jerarquía axiológica? Y los paganos de entonces ¿no debieron defender igualmente sus valores tradicionales frente a la amenaza de disolución de su mundo tradicional, que les aseguraba la posibilidad de vivir de acuerdo con su noción de la virtud y la probidad?

El "orden establecido" tiene siempre su origen en el pensamiento de alguien; y ese "alguien" es el conjunto de personas cuya influencia permitió imponer una norma moral implícita o expresa en la sociedad. De este modo, el orden establecido por cada generación diferirá siempre, perceptible o imperceptiblemente, del que estableció la generación anterior, como podemos comprobarlo fácilmente comparando los valores respetados y la conducta correspondiente en una sociedad de hoy con los de esa misma sociedad cincuenta, cien o doscientos años antes.

Es así que entre las diferentes generaciones se produce siempre una tensión creada por los diversos motivos que las impulsan a actuar y por los distintos ideales que persiguen. De esa tensión, y del desenlace de los conflictos abiertos o latentes que ella genera, brota en última instancia la historia. Es altamente equívoca la imagen que de la historia suele proyectar –talvez involuntariamente– la historiografía. En esa imagen solemos ver una monótona sucesión de guerras, batallas, revoluciones y cambios de leyes y de gobiernos. Rara vez advertimos que todos esos acontecimientos no son otra cosa que el intento de sustituir un orden por otro, una jerarquía de valores por otra jerarquía valórica; y, lo que es grave, se nos escapa el hecho de que todos esos intentos han conducido hasta ahora al fracaso, porque a una guerra ha seguido otra guerra, a un cambio de gobierno otro cambio de gobierno, y porque toda ley civil en algún momento es modificada o derogada y eventualmente sustituida por otra.

En definitiva, la historia es el desarrollo del conflicto generacional en torno a los valores, y la historiografía intenta captar una imagen de dicho desarrollo, tomando como punto de referencia el momento en que el péndulo de las conductas humanas parece alcanzar el punto medio entre sus oscilaciones extremas.

¿Estamos, sin embargo, condenados a experimentar interminablemente los vaivenes de los cambios históricos en la vida del espíritu? ¿No hay aca-

so valoraciones auténticamente objetivas, certeras, que nos permitan orientarnos sin vacilaciones y dar a nuestra conducta un sello de rectitud y probidad?

Hay, sin duda, valores propios de las cosas, que de algún modo pertenecen a éstas y en ellas se muestran. Cuando se trata de los valores más altos, sin embargo, no parece estar al alcance del hombre reconocerlos en su más auténtica objetividad. Podemos estar todos de acuerdo acerca de la utilidad del teléfono y del automóvil, pero no será tan fácil alcanzar un consenso en torno al valor estético de un cuadro de Mondrian o de una composición de Hindemith. En materias morales, nuestros juicios también parecen estar siempre inevitablemente teñidos de subjetividad.<sup>1</sup> Ni siquiera la aceptación de una jerarquía valórica como revelación divina escapa a esta condición, como lo prueba, por ejemplo, la diversidad de interpretaciones que se han hecho hasta hoy del decálogo recibido por Moisés, algo que es evidente aun para la lectura más superficial del Antiguo Testamento. Ortega y Gasset, un pensador dotado de gran sensibilidad para los cambios históricos, pero a la vez decidido objetivista en materias axiológicas, escribió que una ciencia de los valores debería ser “un sistema de verdades evidentes e invariables, de tipo parejo a la matemática”, pero reconoció al mismo tiempo (en nota al pie de página) que “la cuestión de si una cosa real posee o no el valor que le atribuimos y en ella suponemos, sólo permite soluciones empíricas y aproximadas”.<sup>2</sup>

¿Estoy adoptando, entonces, una posición subjetivista respecto de los valores? Sí, en lo que se refiere a su reconocimiento y aceptación por los seres humanos, no en lo concerniente a la naturaleza misma del valor. Cuenta el libro del *Génesis* que cuando los hombres se apartaron del orden que propiamente les correspondía en cuanto creaturas, simbolizado por los mandatos divinos, se hicieron “conocedores del bien y del mal”, es decir, capaces de discernir por sí mismos (subjetivamente, por tanto) los valores y disvalores de las cosas. La tradición cristiana no hizo sino reafirmar y enriquecer esta idea. No olvidó que, respecto de todas las cosas creadas, Dios vio que eran buenas. El mal, por consiguiente, no es sino un menor bien, la *privatio boni* agustiniana. Y el mal se introduce en el hombre cuando éste elige un curso de acción bueno, pero no tan bueno como el que podría haber elegido. Después de todo, el ser humano actúa siempre con vistas a algún bien, auténtico o aparente. Y si el hombre puede

---

<sup>1</sup> Así, por ejemplo, Aristóteles habló en sus obras de una “justicia natural”; pero la “naturaleza” era para él una noción que envolvía dinamismo y que podía recibir diversas interpretaciones. Cfr. J. Barceló, “Aristóteles y el Derecho Natural”, en VV.AA., *Querer, poder, deber, en la Antigüedad*, Santiago, 2001.

<sup>2</sup> *Obras Completas*, vol VI, pp. 331 s.

errar en su elección, ello obedece únicamente a que valora en forma subjetiva. De otro modo, no existiría el mal en este mundo.

Pero si es subjetiva la valoración que intenta subvertir la jerarquía axiológica tradicional, no menos subjetiva ha sido en su origen la elección de quienes optaron por defenderla. El hecho de que su elección sea subjetiva no significa, empero, que ellos no hagan bien, y aun muy bien, en asumir dicha defensa. Se dirá que defienden, en último término, su mundo, con toda la mezquindad que le es aneja. Pero un "mundo" (gr. *kosmos*, lat. *mundus*), en su significado originario, es un "orden", como el orden del cielo estrellado. En cuanto tal orden, un mundo se defiende y procura poner freno a las fuerzas entrópicas y disolventes desencadenadas por los rebeldes, debido a que el hombre no puede existir fuera de algún orden en el que pueda hallar seguridad y posibilidades vitales. Esa tensión entre la rebeldía y la defensividad, ese juego en que habrá ganadores y perdedores o empates, es lo propio de la historia.

El devenir histórico podría compararse en alguna medida con el fenómeno físico del movimiento local. En éste, a la aplicación de una determinada fuerza (acción) se opone otra (reacción); entre ambas producen el desplazamiento de un cuerpo en el espacio. De manera análoga, el enfrentamiento axiológico de los rebeldes innovadores y los tradicionalistas defensores de la antigua jerarquía valórica trae consigo un cierto desplazamiento de la normatividad resultante. Pero subsiste siempre alguna norma, y es bueno que así sea. De otro modo –y esto puede comprobarse también en las crisis históricas– la asignación de valores queda dejada al arbitrio de la fuerza, ya sea de la fuerza bruta de la delincuencia pública o privada, o de la fuerza de las mayorías políticas con sus ideologías, o de la de las modas culturales, si no es la de las pasiones individuales.